

# Egipto explota. Dossier



Este dossier sobre la situación de Egipto consta de 6 artículos firmados por:

Ahmed Shawki, Guillermo Almeyra, Hani Shukrallah, Robert Fisk, Rachel Shabi,  
Revolucionarios Socialistas de Egipto

## Todo Egipto es Tahrir

El presidente egipcio Mohamed Morsi ha sido depuesto por los militares que eran la columna vertebral del régimen de Hosni Mubarak antes de la caída del dictador. Pero las celebraciones de masas por la caída de Morsi que tienen lugar en la Plaza Tahrir de El Cairo y en todo el país representan la verdadera cara de esta nueva fase de la Revolución egipcia.

La caída de Morsi ha tenido lugar después de cuatro días de protestas de masas en las que han participado millones de personas y que han sido el colofón de la campaña de petición de firmas Tamarod ("Rebelión") exigiendo la dimisión de Morsi. Los revolucionarios egipcios informan que el alcance y masividad de las demostraciones del 30 de junio en todo el país han sido aún mayores que en febrero de 2011.

Ahmed Shawki, editor de *International Socialist Review* y testigo de la revolución de febrero de 2011, ha sido entrevistado por Eric Ruder sobre la caída del gobierno de los Hermanos Musulmanes y las tendencias que operan en esta nueva fase de la Revolución egipcia.

La Plaza de Tahrir estalló de júbilo al conocer la caída de Mohamed Morsi. La mayor parte de los medios de comunicación occidentales han presentado la caída de Morsi como el resultado

de un golpe militar. Pero el escenario en el que se ha producido fue la masiva movilización del 30 de junio. ¿Cual ha sido el significado político de la intervención militar que ha sacado a Morsi del gobierno?

Antes de que hablemos de la intervención militar en Egipto que ha acabado con el gobierno Morsi merece la pena recordar que los militares fueron los herederos de la primera fase de la revolución que comenzó el 25 de enero y acabó por forzar la caída de Hosni Mubarak el 11 de febrero de 2011.

Entonces, el ejército irrumpió en primer plano y trató de orientar, y en último caso secuestrar, dos procesos simultáneos. Uno de ellos fue la transformación de Egipto desencadenada por la revuelta de masas, y el otro fue el proceso político de redacción y aprobación de la Constitución.

El ejército tiene una larga historia en la política contemporánea egipcia, que incluye el derrocamiento de la monarquía en 1952 y el predominio del Movimiento de los Oficiales Libres bajo el liderazgo de Gamal Abdel Nasser, un coronel del ejército que se convirtió en presidente en 1956. Pero el ejército hoy es muy diferente. de entrada es mucho mayor. Y no solo es un poder político y militar, también es un gran poder económico, porque es propietario directo de grandes sectores de la economía egipcia.

Otro factor es quién entrena a las fuerzas armadas. En el período monárquico, el ejército fue entrenado por el Reino Unido y Francia. Con Nasser, hubo un giro hacia la URSS y el cuerpo de oficiales fue en una gran parte entrenado y educado por los soviéticos. Hoy, los mandos que dirigen el ejército han sido educados y entrenados en las academias militares de EE UU. Hoy, en su conjunto, las fuerzas armadas egipcias tienden a identificarse con las instituciones de poder de EE UU.

Una vez que el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (SCAF) se hizo por el poder político tras la caída de Mubarak en 2011, el ejército presionó para que la Constitución fuese redactada y ratificada cuanto antes. Pero la Constitución benefició en gran medida a la tercera fuerza de la política egipcia que no era ni el ejército ni los remanentes del régimen de Mubarak (los *feloul*): los Hermanos Musulmanes.

Desde entonces, los militares se han apoyado en los Hermanos Musulmanes para contener la revolución egipcia. La Hermandad ganó la primera vuelta de las elecciones parlamentarias y más tarde las presidenciales.

Aunque la Hermandad defiende que ha ganado estas elecciones democráticamente, una importante mayoría del pueblo egipcio cree que el proceso de redacción y ratificación de la Constitución tenía importantes deficiencias democráticas. La Constitución fue redactada en un día, su aprobación fue a la carrera, y estaba llena de cláusulas de todo tipo que Morsi, tras su elección, pudo utilizar a su favor.

Durante este último año, Morsi sobrepasó sus poderes presidenciales en varias ocasiones, perdiendo legitimidad en amplios sectores de la sociedad egipcia, como se hizo evidente cuando Morsi impulso los intereses sectarios de la Hermandad en lugar de defender los intereses de la mayoría de los egipcios, que estaban hartos de años de privación, represión y pobreza. Un ejemplo obvio ha sido el ataque de Morsi a la minoría copta cristiana para reforzar su apoyo entre los islamistas. Pero fue mucho más allá.

Creo que el momento más importante que nos permite entender como hemos llegado a esta situación tuvo lugar a finales del 2012, cuando Morsi era saludado por los medios de comunicación en EE UU como "el hombre más importante en Oriente Medio", como aparecía en una portada en la revista *Time*. Fue inmediatamente después de que ayudase a negociar un acuerdo entre Israel y Gaza tras la Operación Pilar de Nubes del ejército israelí.

Me encontraba en Egipto entonces, y la portada de la revista *Time* era una provocación en los quioscos de prensa cuando decenas de miles de personas salían a la calle para protestar contra el intento de Morsi de imponer un decreto de emergencia cuyo objetivo era básicamente consolidar su poder. Ese intento desencadenó un renacimiento del movimiento de protesta de la oposición. Hubo una contraofensiva de las fuerzas de Morsi, que atacaron violentamente en

la calle a la oposición. Todas las esperanzas que había despertado la revolución se habían frustrado.

Haciendo balance, es muy significativo lo rápidamente que Morsi y el Partido Libertad y Justicia de la Hermandad erosionaron su legitimidad ante tanta gente. El movimiento Tamarod ("Rebelión") surgió con el objetivo de reclamar lo que sus organizadores consideraban que eran los objetivos de la revolución: pan, libertad, justicia social y dignidad humana. Son reivindicaciones que implican una vida mejor para la mayoría de los egipcios.

Los organizadores de Tamarod se pusieron como objetivo recoger 15 millones de firmas para exigir la dimisión de Morsi. Al final recogió 22 millones de firmas en solo seis meses, lo que ha sido un logro impresionante. Y convocaron el 30 de junio, primer aniversario de la toma de posesión de Morsi, a una jornada de protesta en todo Egipto en apoyo del objetivo de la campaña.

Creo que nadie pudo prever el éxito de la convocatoria. La BBC británico calificó la movilización del 30 de junio como la mayor de la historia de la humanidad.

Fue una increíble explosión de apoyo y solidaridad. La gente salió a la calle en todas las ciudades, pequeñas o grandes, del país. Lo más asombroso ha sido que el apoyo a Morsi en el sur de Egipto, que es la base histórica fundamental de los Hermanos Musulmanes, se ha evaporado virtualmente.

Por una serie de razones, el Sur ha sido históricamente más pobre y más religioso, de una manera que no es muy diferente de otras partes del mundo, incluyendo el sur de EE UU. También depende mucho del turismo, y percibió la revolución y se relacionó con ella a partir del hecho de que era un obstáculo para la industria turística.

### **Hoy todo es diferente, y no solo en el sur de Egipto**

Es importante comprender lo que ha provocado este cambio. En primer lugar, no ha sido solo el resultado de la incompetencia, la estupidez y la utilización sectaria del poder de Morsi lo que explica este colapso épico de su legitimidad y apoyo social. Las revoluciones en particular y los movimientos sociales en general tienen dinámicas propias. Un aspecto de ello en Egipto es la aparición de una población politizada como resultado de la primera revolución: docenas y docenas de nuevas publicaciones, de círculos de discusión política, de protestas políticas y de otras actividades, de nuevos sindicatos. Todo ello significa que ahora hay una nueva conciencia política y una nueva auto-confianza en la gente para actuar.

Después del intento de Morsi de hacerse con mayor poder y su rechazo popular, la gente tenía razón en preocuparse por la posibilidad de nuevos intentos. El movimiento Tamarod rompió el dique al proporcionar el vehículo que permitió a las masas del pueblo egipcio hacer pagar a Morsi un precio político por sus acciones.

A finales del año pasado, por ejemplo, en medio de esta controversia sobre el intento de Morsi de imponer vía decreto el estado de excepción, de manera similar al que existía bajo el régimen de Mubarak, Morsi anunció, para cumplir las condiciones para recibir un crédito del FMI, una serie de recortes de subsidios básicos que el gobierno iba a llevar a cabo.

No fue su idea más brillante. Las preocupaciones populares sobre la constitución se añadieron al hartazgo y la desconfianza en un Morsi acaparador de poder: la misma gente en cuyo nombre se quería justificar esa acumulación de poder para "crear estabilidad política en el nuevo Egipto" eran las primeras víctimas de los recortes de los subsidios básicos de los alimentos, de las que depende la mayoría de la población. Morsi se volvió atrás muy rápidamente porque sus asesores, su vice-presidente y su propio partido estuvieron en contra y denunciaron su maniobra, sobre todo por inoportunidad táctica, más que por diferencias de fondo.

En otro ejemplo de arrogancia y estupidez, Morsi designó a 15 gobernadores provinciales (Egipto está dividido en 27 provincias). La persona a la que nombró gobernador de Luxor era miembro del partido islamista de extrema derecha Gama'a al-Islamiyya, responsable de atentados con bombas contra los barcos de turistas en Luxor.

El nombramiento fue algo más que problemático. Luxor es uno de los primeros destinos turísticos del mundo. Y no se ayuda demasiado a la industria turística cuando se hace responsable del orden público a quién ha sido responsable de ataques terroristas contra los turistas. A continuación dimitió el ministro de turismo del gobierno Morsi, alegando que no podía seguir en esas circunstancias.

Los golpes de estado militares suelen anunciar la derrota de los procesos revolucionarios: suelen ser la expresión mas extrema de la contrarrevolución. ¿Ha sido la intervención militar para deponer a Morsi y la designación de un nuevo presidente, así como la promesa de convocar nuevas elecciones, una victoria de la contrarrevolución?

De ninguna manera. En todas las sociedades capitalistas y en cada estado de este mundo, el ejército es el arbitro de ultima instancia, en cierto sentido, de la dominación de la clase en el poder. O es el representante de una u otra fracción o sector de dicha clase.

Tomemos como ejemplo la contrarrevolución en Chile el 11 de septiembre de 1973, cuyo 40 aniversario se cumple este año. Sin entrar en todos los detalles históricos, Chile ha sido regido históricamente por partidos de derechas y un ejército muy fuerte, con la amenaza siempre presente de intervenciones sistemáticas de las fuerzas militares de EE UU. En 1964, por ejemplo, el gobierno de EE UU gastó más dinero en las elecciones chilenas que en las elecciones presidenciales de su propio país ese mismo año.

Con la victoria electoral de Salvador Allende en 1970 y la formación de su gobierno socialista, al menos nominalmente, se desencadenó un movimiento de masas. Fue cuando el entonces secretario de estado Henry Kissinger pronunció su famosa frase: "no entiendo porque tenemos que permanecer de brazos cruzados y ver como un país cae en manos del comunismo por culpa de la irresponsabilidad de su propio pueblo. Se trata de un asunto demasiado importante como para que los votantes chilenos puedan decidirlo por su cuenta".

Fue evidente que Kissinger y el resto del gobierno de EE UU iban a imponer una solución militar. Esperaron, sabotearon la economía, financiaron a diferentes grupos, todo con el objetivo de minar al gobierno de Allende. Al final tuvo lugar el golpe militar y se masacró a 30.000 o 40.000 radicales, para dar una lección a la gente de lo que era permisible y de lo que no era para el gobierno de EE UU. Pero el ejército no pudo intervenir hasta que no se produjo un reflujo del movimiento.

En Egipto, el ejército no intervino para ayudar al movimiento revolucionario a alcanzar nuevas conquistas o radicalizarlo. Su objetivo ha sido contener y frenar al movimiento.

Pero en un cierto sentido ha sido también el reconocimiento del hecho de que la voluntad popular en Egipto no toleraría por más tiempo al Gobierno Morsi. Así que aunque los militares están en la calle y han sobrepasado los límites constitucionales que definen su poder, creo que buscarán cómo restaurar rápidamente una autoridad civil. No creo que quieran mantener el poder del estado.

La economía y la sociedad egipcias se encuentran en situación de crisis, que pueden provocar una radicalización mucho más profunda de las reivindicaciones del movimiento. La gente se esta reorganizando en todo el país y luchando por sus derechos, porque creen que se los han quitado. Por eso pienso que es un error hablar del papel de los militares en abstracto, sin tomar en cuenta lo que esta sucediendo en realidad sobre el terreno.

La estrategia de los Hermanos Musulmanes para restablecer el orden en Egipto ha sido reprimir para poner coto a las manifestaciones y las huelgas. Han intentado por todos los medios aplastar al movimiento, contando con la colaboración del ejército.

Pero más aún, Morsi y la Hermandad han aplicado la vieja táctica de dividir para dominar, igual que antes de ellos Mubarak. Por ejemplo, la campaña contra los coptos e inflamando los sentimientos religiosos con la pequeñísima minoría chiíta, que es aún más pequeña que los coptos, y que sólo supone el 10% de la población de Egipto. Pero el proceso es el mismo siempre: la utilización de la religión para usos sociales y políticos, lo que no le gusta nada a la mayoría de la población. La mayoría de los egipcios son musulmanes, que no es lo mismo que el programa de un islam político de los Hermanos Musulmanes, que han utilizado como chivos

expiatorios a los cristianos, las mujeres y las minorías islámicas para sus propios fines políticos, de la misma manera que hacen los fundamentalistas cristianos en EE UU con temas "polarizantes" como el matrimonio gay o el derecho al aborto para conseguir apoyo para el conjunto de su programa.

El 30 de junio muchos jóvenes, que habían estado en la primera línea de la revolución en 2011 y fueron los iniciadores del movimiento Tamarod, dejaron muy claro que salían a la calle en defensa de todos los egipcios, no solo de algunos. Y ello tiene un carácter profundamente progresista.

El ejército, los *feloul* y los sectores liberales por supuesto que lo han presentado como "todos somos uno", "todos tenemos los mismos intereses". Pero no es lo mismo, en el sentido de que no tiene nada que ver con el sentimiento unitario al que me refería. Cuando los que han dirigido el movimiento y los revolucionarios que quieren un cambio profundo dicen "lo hacemos por todos los egipcios", quieren decir que hay una solidaridad entre todos los ciudadanos, una solidaridad opuesta a la de "solo representamos a los musulmanes".

En ese sentido es una forma de decir "esta revolución es por la libertad y los derechos de todos, no solo los nuestros". Y eso supone un cambio fundamental, que pone el énfasis en los intereses de la mayoría, no en objetivos sectarios violentos y enfrentamientos para imponer la venta de uno u otro partido concreto.

Durante 50 años los Hermanos Musulmanes han construido una base social de apoyo y de influencia que le permitieron una posición predominante de liderazgo político en la época post-Mubarak. Pero en sólo un año han erosionado esa base social. ¿Qué significa para Egipto y la Hermandad?

Es muy difícil hacer predicciones. En primer lugar, ¿qué será de la Hermandad? Es una fuerza política y social real, la tercera fuerza en el escenario político egipcio. Si la clase política y capitalista egipcia es un polo, el ejército otro, el tercer polo son los Hermanos Musulmanes. Contará con apoyos en algunos temas y oposición en otros. Estos tres polos todavía existen en la política egipcia y ahora la cuestión es el control de la administración del estado y de sus sectores principales.

Los restos del viejo régimen, los *feloul*, también están organizados. Pero dado el carácter dictatorial del régimen de Mubarak, ninguna de estas fuerzas está bien y claramente organizada políticamente. En general, carecen de legitimidad. Así que una de las cosas que me parecen más probables es una multiplicación de los partidos políticos y sus alianzas, como pasó hace un año y medio cuando el actual sistema político se constituyó. Pero no creo que se hayan aprendido las lecciones de los errores y aciertos de este periodo.

Creo que el desafío más importante será como dar expresión organizativa y política a los sectores del movimiento. El objetivo no es solo participar en las elecciones presidenciales o legislativas, sino como constituir un espacio político y asegurar que el movimiento no es reprimido y retrocede. Creo que los próximos meses serán extremadamente interesantes en Egipto.

Ahmed Shawki es editor de la revista *Internacional Socialist* en EE UU.

Traducción para [www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info): Enrique García

**sinpermiso** electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa.

<http://socialistworker.org/2013/07/05/all-of-egypt-is-tahrir>



## Egipto y la primavera que durará

Aunque hay impresionistas que sólo ven botas y un golpe militar en Egipto –olvidando que Nasser o Chávez también fueron golpistas y militares–, lo que sucede en ese país es algo mucho más complejo. En primer lugar, el conservador general Abdel Fattah Al Sisi acaba de sacar del poder al partido reaccionario mejor organizado y enraizado, ligado con Estados Unidos y con Qatar y los emiratos –la ultrarreaccionaria Hermandad Musulmana–, cuyos líderes están presos, como sigue en la cárcel la camarilla proimperialista de Hosni Mubarak.

El ejército decidió sacar del gobierno a los reaccionarios y poner en el mismo a técnicos liberales aceptables por Washington pero no agentes de éste ni de los emiratos, porque crecía la rebelión popular que abarcaba a los liberales, los nacionalistas nasseristas, la izquierda democrática, la izquierda revolucionaria y socialista, los sindicatos, un importante sector de la burguesía comercial laica (que antes seguía al Wafd) y la burguesía comercial cristiana copta, que sufría la intolerancia islámica salafita. Esa marea democrática social comenzaba a organizarse, a crear comités y había reunido más de 22 millones de firmas contra Morsi y la Hermandad Musulmana, lo cual indica que muchos musulmanes democráticos la apoyan. El crecimiento de esta rebelión, por un lado, asustó al mando militar conservador (Al Sisi fue jefe de inteligencia en tiempos de Mubarak y fue ascendido por Morsi) y, por otro lado, estimuló las tendencias nacionalistas y bonapartistas existentes desde la mitad del siglo pasado. No hay que olvidar en efecto que el golpe que derribó a la corrupta monarquía del rey Faruk en 1952 estuvo encabezado por el conservador general Mohammed Naguib y no por el más audaz y nacionalista Gamal Abdel Nasser, que después defenestró al primero. Por lo tanto, lo que cuenta es la dinámica que puede llegar a tener el proceso, no el conservadurismo de su primer representante.

Los militares hicieron en realidad un contrafuego, tomaron una medida preventiva, entregando en seguida el gobierno a técnicos que deben elaborar una nueva Constitución (la actual, reaccionaria, fue anulada) y preparar elecciones en seis meses. Salieron de los cuarteles para llenar un vacío antes de que la rebelión encontrase una dirección y un programa propios y para encauzar por la vía burguesa un movimiento que es plebeyo, nacionalista y contrario a los intereses del imperialismo y de sus agentes en la región (desde Qatar hasta Israel). Corrieron el riesgo de acercarse al movimiento de rebeldía y de sufrir su contagio, que es importante desde hace rato, como se ve en la actitud popular ante los soldados, a quienes los que luchan por la democracia ven como aliados de un tipo especial.

En escala internacional, la humanidad está aún ante la realización de las tareas democráticas que encaró la Revolución Francesa: la unidad nacional, la independencia política, la democracia, la redistribución de la tierra. Contrariamente a la visión superficial que habla de primavera árabe, ésta no dura semanas o meses sino muchas décadas, como lo demostró el despertar los pueblos europeos en 1848, que se repitió inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial y después de los años 80. La lucha por la unificación de la nación árabe –fragmentada por las potencias colonialistas y por las monarquías en los siglos XIX y XX– dura ya 70 años. En efecto, viene en realidad desde el levantamiento de Orán, en Argelia, en los años 40, salvajemente reprimido por el imperialismo francés, y pasa por la independencia argelina, el nacionalismo árabe en Egipto, Libia, Siria, Líbano, Yemen, el nasserismo y los intentos de unidad en una sola república árabe, la constitución del partido y el gobierno revolucionario socialista en Yemen del Sur en los 70, el apoyo constante a la Intifada palestina, y aún no ha terminado ni terminará. Sobre todo porque el capital financiero se esfuerza por retrotraer el mundo desde el punto de vista social a lo que imperaba en el siglo XIX y, por lo tanto, vuelve al colonialismo, pisotea las soberanías, restringe brutalmente los espacios democráticos e instaura métodos fascistas hasta en las metrópolis, al mismo tiempo que la situación económica empeora gravemente para los trabajadores y para los países dependientes. Pero la experiencia, la organización, el nivel social y cultural, sin embargo, de los pueblos, son hoy muy superiores a los de hace dos siglos.

Las clases medias urbanas –y en éstas se incluyen los militares, que por su origen social pertenecen a ellas– sufren el embate combinado del cierre de sus expectativas de ascenso social y hasta de consumo, de la crisis económica que les niega el futuro y de la prepotencia del capital financiero internacional. El ejército, en algunas condiciones de América Latina o de países árabes o africanos, sirve de partido para los nacionalistas y demócratas que desean un cambio. ¿Acaso no participaron militares antibatistianos en la revolución cubana? Ese aparato de represión y de sostén del Estado burgués puede, en determinadas condiciones de crisis, producir en su seno tendencias como la de Lázaro Cárdenas que, desde el Estado capitalista y con el sostén o la neutralidad benévola de grandes sectores populares, tratan de hacer algunas de las tareas democráticas y sociales que exige la situación si la rebelión que crece no tiene una dirección más avanzada y más reconocida. Ese cesarismo es un pésimo sustituto de una dirección política de los trabajadores, y la revolución pasiva desde arriba, que esos sectores emprenden, es siempre temerosa y está mezclada con represiones, pero no tiene nada que ver con los golpes militares que tratan de salvar al régimen en peligro y que son profundamente conservadores.

Por consiguiente, existe el peligro de que amplios sectores populares se ilusionen ante estos nuevos salvadores salidos de los cuarteles y los sigan, en vez de apoyarlos, desbordarlos, dirigirlos. Sobre todo que el ejército, como todo aparato, no es homogéneo ni tiene formación política, y existe el peligro de luchas intestinas, estimuladas por la intervención imperialista, en las que los trabajadores no pueden permanecer indiferentes pero deben siempre mantener su independencia política.

Guillermo Almeyra es miembro del Consejo Editorial de *SinPermiso*

La Jornada, 7 de julio de 2013

## La Segunda Revolución de Egipto: cuestiones de legitimidad

La democracia se constituye con la voluntad expresa y activa de personas reales, vivas, y no con la de unas urnas. Esta máxima se torna aún más cierta cuando aquellas personas están llevando a cabo una revolución, mediante la cual trazan su futuro y el de su nación.

El gobierno estadounidense, una parte importante de los principales medios occidentales y los derrocados Hermanos Musulmanes parecen estar de acuerdo: lo que ha ocurrido en Egipto en los últimos días ha sido un golpe militar, un revés a la presunta "transición" hacia la democracia.

Independientemente de la diversidad de intereses creados puestos en juego, lo que los tres detractores de uno de los levantamientos revolucionarios más potentes y populares de la historia moderna comparten es el desprecio. Se han reunido veintidós millones de firmas (casi un 50 por ciento de la población adulta del país) exigiendo la destitución del presidente; la misma exigencia la han vehiculado diecisiete millones de personas (casi un 30 por ciento de la población adulta) en marchas callejeras a lo largo del país, en lo que se ha descrito como la mayor manifestación de la historia del ser humano, efectuada a pesar del aluvión de amenazas y advertencias de que el 30 de junio se convertiría en un "río de sangre", y prolongada hasta el día de hoy.

Por inaudito que resulte, y parece que a ojos de la prensa aún no merece consideración (el Washington Post insiste en hablar de manifestaciones "opositoras" entre los partidarios de Morsi y la "oposición"), no se trata de un proceso democrático, sino del ejército y del "estado profundo". Nada que no fuera un insondable sentimiento de desprecio podría explicar tamaña ceguera.

El desdén de los Hermanos Musulmanes está firmemente arraigado en una doctrina que designa a los líderes de Gama'a como últimos intérpretes de la voluntad de Dios en la tierra, y como tales su "rebaño" les debe obediencia ciega e inúmeros besos en la mano — no cabe duda de por qué a los rebeldes egipcios los denominan "corderos".

Desde el lado occidental de la ecuación — y todavía trato la cuestión más desde una perspectiva ideológica que desde el craso interés — existe la convicción igualmente arraigada de que árabes y musulmanes son incapaces de desarrollar el tipo de "libertades" que el "hombre occidental" da por sentado.

Ciertamente, la raza ha pasado de moda, ahora remplazada por la "cultura"; pero a lo único que se supone que podemos aspirar los árabes con nuestra cultura "musulmana", al parecer de forma inherente, es al tipo de "democracia" atrofiada y deformada que Morsi y su tribu ofrecían, sin importarnos la libertad de expresión, de creencia, de asociación y protesta, y sin importarnos tampoco el atraco histórico de poder de la maquinaria estatal excesivamente autoritaria de la oligarquía de Mubarak, la cual se ha mantenido perfectamente intacta a no ser por una muda simbólica de líderes.

(En junio de este año, el presidente depuesto de la Hermandad designó de una sola vez a 17 gobernadores pertenecientes todos a su grupo o a sus aliados, a tan sólo tres meses de las elecciones parlamentarias, lo mejor que pudo hacer para amañarlas de forma más efectiva).

Nada de todo esto, aun así, parece tenerse en cuenta. No son más que los pequeños inconvenientes de la "transición", ya que a todo lo que podemos aspirar y nos merecemos los árabes y musulmanes es a un margen del 2 por ciento en las urnas — con esto ya tenemos suficiente democracia para nuestra "cultura".

Hay también otro aspecto que contribuye a la ceguera. A lo largo de la historia, las revoluciones culturales llevadas a cabo por un pueblo han mostrado una tendencia a inspirar levantamientos revolucionarios en otros pueblos, de tal manera que la de Egipto fue inspirada por las de Túnez, Yemen y Bahrein, y la de Siria fue inspirada por ambas. El que una revolución desemboque en un régimen islamista torpe y denodadamente opresivo, cuya única reivindicación para la "democracia" son unas elecciones en apariencia "libres y justas", extingue drásticamente su valor inspirador. ¿Podrían los griegos o los brasileños inspirarse en un resultado como éste?

Fue tan sólo en el cuarto día de la segunda revolución egipcia, y de la consecuente intensa presión estadounidense por mantener a Morsi y a los Hermanos Musulmanes en el poder, que el presidente de los EEUU Barak Obama pareció descubrir — de repente — que la democracia no se reduce a las urnas.

¡Muy Bien! La historia de la democracia en el mundo es la historia de las conquistas de libertades democráticas en las calles, no en las urnas. Aunque dejemos a un lado las revoluciones fundacionales de la democracia en el mundo moderno, desde Cromwell hasta Robespierre, incluyendo a los padres fundacionales de los Estados Unidos (frente a las cuales las dos revoluciones gemelas de Egipto parecen pulcras y relucientes en términos de legitimidad), la universalidad del sufragio se conquistó en las calles, igual que el derecho de la mujer al voto; los sindicatos, cruciales en la definición de la esencia de la democracia y de las libertades democráticas en el mundo actual, no salieron de las urnas, sino que nacieron y se desarrollaron en los talleres y en las calles, del mismo modo que ha ocurrido con la redefinición de la democracia en lo referente a derechos y liberación de la mujer, más allá del mero derecho al sufragio.

Por último, pero no menos importante, Sr. Obama, ¿cabe recordarle que la sola idea de postularse a la presidencia no se habría dado si no hubiera sido por el Boicot de Autobuses en Montgomery, las Sentadas en Greensborro, la Marcha en Washington y las miles de otras batallas, grandes y pequeñas, libradas con tremendos sacrificios, en las calles de la autoproclamada "mayor democracia del mundo", por parte de cientos de miles de personas, entre las que se incluyen personajes hostiles a la "legitimidad" tales como Malcom X, Rap Brown, Stokely Carmichael y Angela Davis?



Una marcha larga y heroica, repleta de sangre y lágrimas, le otorgó a usted su cargo Sr. Obama, y fue en las calles donde los héroes de estas luchas marcharon. Las urnas simplemente trasladaron, casi siempre parcialmente y de forma atrofiada, las conquistas llevadas a cabo, sí, en las calles.

Todo lo cual parece llevarnos de vuelta a nuestro anterior presidente, el propio Dr. Morsi.

En su último comunicado al país, con su habitual incoherencia, el anterior presidente (¿no resulta encantador el prefijo "anterior" antecediendo al título de dos presidentes en tan poco tiempo?) repitió la palabra "legitimidad" literalmente una docena de veces. Sin embargo, cabe recordarle, Sr. anterior-presidente, que visitó usted la cárcel cuando su predecesor, el presidente "legítimo" del país, votado en su cuarto ejercicio en lo que sus aliados estadounidenses y occidentales entonces aclamaron como las primeras elecciones presidenciales egipcias con varios candidatos, fue derrocado de forma ilegítima. (Nada en la Constitución egipcia en aquellos momentos vigente permitía al presidente ceder sus poderes a una institución denominada Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas – SCAF).

No conocemos la verdadera historia de cómo salió de la prisión, si fueron los que detentaban el poder quienes le sacaron o fue un contingente de Hamas importado especialmente con ese objetivo, como se ha sugerido en los últimos meses. Sinceramente, me da igual. Morsi y otros líderes de la Hermandad Musulmana eran presos políticos, y en una revolución, liberar a los prisioneros políticos resulta correcto, incluso siendo "ilegítimo".

El caso es que, desde la revolución, los detentadores del poder en Egipto, todos piratas de sus cargos, has estado haciendo malabarismos entre la "legitimidad revolucionaria" y la legitimidad formal, legal, estipulada por la Constitución y la ley del país de manera arbitraria y siempre en la forma que mejor se ajustara a sus fines inmediatos. El SCAF lo hizo, una y otra vez, igual que lo hicieron los Hermanos Musulmanes.

El ejemplo más crudo y flagrante fue el alarde de constitucionalidad, ley y normas democráticas del presidente "electo", mediante la promulgación, en noviembre del 2012, de una Declaración Constitucional que inmunizaba sus decisiones frente a los exámenes jurídicos, inmunizaba también aquella pantomima de cuerpo legislativo, el Consejo consultivo Shura (un tercio de cuyos miembros fue designado por el presidente y los otros dos tercios fueron votados con desdén por un mísero 7 por ciento del electorado), confiriéndole mientras tanto completa autoridad legislativa e inmunizando además a una Asamblea Constituyente, la cual se había transformado en un club cerrado de la Hermandad Musulmana y sus aliados Salafistas y Yihadistas. Ambas instituciones se han enfrentado a fallos inminentes de inconstitucionalidad por la Corte Constitucional Suprema de Egipto.

¿Y cuál ha sido, entonces, la justificación de Morsi por estas medidas draconianas, claramente encauzadas a perpetuar el dominio de la Hermandad Musulmana sobre el país hasta los tiempos en que la humanidad se reúna con su hacedor? "¡Legitimidad Revolucionaria!" Pues bien, Sr. anterior-presidente, esto es exactamente lo que se conoce como "salir el tiro por la culata", con la salvedad de que el suyo fue el de un secuestrador, mientras que el pueblo que lo derrocó obtuvo su legitimidad revolucionaria de una revolución real y viva, sin precedentes históricos, por virtud de 22 millones de firmas y por virtud de millones de personas en las calles.

Hani Shukrallah es el editor en jefe de *Ahram Online*.

Traducción para [www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info): Vicente Abella

**sinpermiso** electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** Impresa.

<http://english.ahram.org.eg/NewsContentP/4/75712/Opinion/Egypt%e2%80%99s-second-revolution-Questions-of-legitimacy.aspx>

## Egipto: los dos bandos del ejército

El ejército está a cargo. Llámelo golpe, si quieren. Pero el poder castrense egipcio –el tristemente célebre Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, como se le conoce nuevamente– ahora está al frente de Egipto. Primero mediante amenazas; después con armas por las calles de El Cairo, con caminos bloqueados y alambre de púas. Tropas custodian la estación de radio. Mohamed Mursi, cuando aún era presidente seguramente lo llamó golpe de Estado y alardeó su estatura moral (su legitimidad, democracia, etcétera), pero mucho antes de que viéramos soldados en la calle, Mursi pedía a los generales volver a las barracas. Ridículo. Los generales no tuvieron que dejar sus barracas para meterle temor a Dios (real y metafórico) a esta administración que se desmoronaba.

Mursi habló de derramar su sangre; al igual que lo hizo el ejército. Se puso lúgubre el asunto. Fue miserable ver a un pueblo libre aplaudir una intervención militar, si bien los opositores a Mursi afirmarían que su libertad fue traicionada. Ahora alientan a los soldados a tomar el lugar de los políticos. Ambos bandos ondean la bandera egipcia, que es roja, blanca y negra. El color caqui no es sustituto.

Tampoco desaparecerá la Hermandad Musulmana, cualquiera sea la suerte que corra Mursi. El tiempo que pasó en el poder podrá haber sido risible, pero el partido político mejor organizado de todo Egipto sabe cómo sobrevivir a la adversidad. La Hermandad es la institución que más se malinterpreta en la historia egipcia; y quizá se le malinterpreta deliberadamente. Lejos de ser un partido islamita, sus raíces son de derecha y no religiosas. Sus primeras épocas, bajo el mando de Hassan Banna, prepararon a la organización para ser tolerada por el rey Farouk y a sus caciques egipcios siempre y cuando mantuvieran la fachada de formación islámica.

Cuando la revolución de 2011 estaba en su momento álgido y millones de detractores a Mubarak estaban en la plaza Tahrir, la Hermandad se ocupaba de negociar con el entonces mandatario con la esperanza de que les regalara las sobras. El liderazgo de esa formación nunca estuvo del lado del pueblo durante la revuelta en Egipto. Este papel lo cumplieron las bases laicas más fuertes del país del movimiento sindicalista.

Incluso la guerra de Nasser con la Hermandad tuvo menos que ver con la religión que con la seguridad; el liderazgo del Movimiento Libre de Oficiales descubrió que la Hermandad Musulmana era el único partido capaz de infiltrarse en el ejército, una lección que los generales de hoy han tomado a pecho. Si se vuelve a proscribir la Hermandad Musulmana, como ocurrió bajo los gobiernos de Nasser, Sadat y Mubarak, perderá su apoyo entre las fuerzas armadas. Sadat fue asesinado por un islamita que no pertenecía a la Hermandad, llamado Khaled Islambouli, quien resultó ser un teniente del ejército egipcio.

Sayyeb Qutub, líder de la Hermandad, atacó a Nasser por llevar al pueblo a la era de ignorancia preislámica (llamada *jahaliya*), pero el partido en realidad estaba más molesto por la creciente relación entre El Cairo y la atea Unión Soviética. Qutub fue ahorcado. Pero aunque perseguido y oficialmente proscrito, el partido aprendió, como todos los grupos clandestinos con ideología, a organizarse política, social y hasta militarmente. Así, cuando se llevaron a cabo elecciones verdaderas, ganaron; y, por tanto, Mursi quedó en el poder.

El ejército, como dicen, pertenece al pueblo. El premio Nobel de la Paz Mohamed Baradei, ahora líder de la oposición, me dijo sobre la revuelta de 2011 que últimamente, el ejército

egipcio estará con el pueblo. Después de quitarse el uniforme, el soldado sigue siendo parte del pueblo con sus mismos problemas y los mismos obstáculos para llevar una vida decente. Por eso no creo que vayan a disparar contra la población.

Pero eso era entonces, y esto es ahora. Mursi pudo haber recurrido a las argucias de un dictador, y ciertamente habló igual que Mubarak el pasado martes, pero fue legalmente electo, como nos dijo una y otra vez, mientras el ejército reitera que defiende la legitimidad. Ahora el pueblo está enfrentado en dos distintos bandos. ¿Puede el ejército egipcio mantener separados a ambos cuando sus miembros provienen de los dos lados del pueblo?

Traducción para La Jornada: Gabriela Fonseca

Robert Fisk es el corresponsal del diario británico *The Independent* en Oriente Medio

The Independent, Julio 2013

## La oposición egipcia se arriesga a una peligrosa hipocresía

Hay un terrible tufo de hipocresía que proviene del campo de la oposición egipcia. Mientras juraba su cargo el presidente de transición, Adli Mansur, tras la expulsión de Mohamed Morsi del poder, el ejército ha estado ocupado llevando a cabo redadas. Pero en lugar de condenar la detención de cientos de miembros de los Hermanos Musulmanes (incluidos los líderes espirituales del grupo) y el cierre por la fuerza de los medios informativos islamistas, figuras clave de la oposición lo han ido justificando.

En conversación con el *New York Times*, el destacado dirigente de la oposición, Mohamed El Baradei ofreció algunas cautelas y advertencias, pero en general se remitió a los militares: "Están tomando algunas medidas precautorias para evitar la violencia; y bien, me imagino que esto es algo que tienen que cumplir como medida de seguridad", afirmó.

Se trata de una postura alarmante, puestos a adoptarla ahora mismo, mientras se sostiene a la vez que se está consagrado a crear consenso e inclusión, sin excluir a los Hermanos.

Una de las quejas más válidas de la oposición respecto a los Hermanos Musulmanes era que con Morsi seguían produciéndose detenciones por acusaciones infundadas, y esto era de algún modo peor que bajo la odiada dictadura derribada de Hosni Mubarak. Así que ¿es hoy de recibo que la oposición que tan duramente luchó por esas libertades apruebe lo que aparenta ser una caza de brujas de los miembros de los Hermanos Musulmanes?

Casa con un patrón más amplio de peligrosa incoherencia. De modo evidentísimo, por el hecho de invitar al Ejército a ocuparse de este periodo de transición, para empezar. Y por ser claros, el presidente Morsi fue un desastre: sediento de poder y divisivo, su enfoque mayoritario obligó a las fuerzas de la oposición a salirse de todo proceso político formal y les dejó sin más opción que regirse por su juego [el de Morsi] de mayorías en la calle. La resolución de la oposición es a la vez admirable y formidable: negarse a deshacerse de los principios guía de pan, libertad y dignidad, sin que importara con que les haya podido tentar el consejo militar y el presidente Morsi en los últimos dos años. Es un nivel envidiable de compromiso político, visto desde la hastiada y apática Gran Bretaña.

Pero la forma de destituir a Morsi es, con todo, un error táctico. No sólo porque provoca en los Hermanos Musulmanes – que son ya estrechos de miras y están a la defensiva después de años de persecución – un resentimiento justificado por haber sido expulsados por la fuerza de la política. También aparece como un desprecio sin escrúpulos de las reglas, la clase de desprecio, de hecho, por el que los Hermanos se volvieron tan odiosos.

Y siendo Egipto un termómetro e influencia tales en el mundo árabe, las consecuencias de lo que acaba de ocurrir son de gran alcance. El asesor de Morsi en política exterior, Essam Al Haddad (ahora bajo arresto) no erraba al avisar: "El mensaje resonará alto y claro a lo largo del mundo musulmán: la democracia no es para los musulmanes".

Los Hermanos siempre han sido blanco de las burlas de Al Qaeda y otros extremistas violentos por escoger la política democrática. Hoy, estos mismos extremistas pueden recurrir al giro dado por los acontecimientos en Egipto para dar por demostrado su argumento.

El problema estriba ahora en que al centrarse los medios en la polarización política en Egipto – y buscar voces que lo confirmen – se han oscurecido los matices que existen entre la dureza de las dos posturas. Muchos partidarios de los Hermanos creen que lo echaron todo a perder y tienen que sacar rigurosas lecciones de la experiencia. Muchos revolucionarios están horrorizados al ver que los vítores de las multitudes dan de nuevo la bienvenida al ejército de vuelta al poder. Y algunos activistas y manifestantes, como el director en Egipto de Human Rights Watch, Heba Morayef, están denunciando la detención de miembros de la Hermandad.

Esas voces son cruciales, ahora más que nunca, y hay que prestarles atención. Nos guste o no, los Hermanos Musulmanes constituyen una parte considerable del paisaje político y han de formar parte del futuro político de Egipto.

**Rachel Shabi**, periodista especializada en el conflicto palestino-israelí y autora de *Not the Enemy: Israel's Jews from Arab Lands* (2009), recibió en 2011 el premio de periodismo Anna Lindh por su labor informativa entre culturas y este año de 2013 el premio internacional de medios Cutting Edge de la Next Century Foundation.

Traducción para [www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info): Lucas Antón

**sinpermiso** electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa.

The Guardian, 5 de julio de 2013

## Cuatro días que estremecieron al mundo

### Declaración de los Socialistas Revolucionarios de Egipto

Lo que ocurrió el 30 de junio fue, sin la menor duda, el principio histórico de una nueva ola de la revolución egipcia, la mayor desde enero de 2011. Se estima que el número de personas que se manifestaron en ese día legendario excedió los 17 millones de ciudadanos, algo sin precedentes en la historia.

Su importancia supera cualquier participación de los restos del antiguo régimen o del aparente apoyo del ejército y la policía. Las manifestaciones masivas de millones de personas son eventos extremadamente raros en la historia de la humanidad, y su efecto sobre la conciencia y la confianza de la población en sí mismos y en su poder de cambiar el curso de la historia, trascienden las limitaciones de las consignas planteadas y las alternativas políticas formuladas.

Sí, la élite burguesa liberal quería utilizar esta movilización de masas para derrocar la dominación de la élite islamista, con el fin de poder llegar a ellos al gobierno con el respaldo y el apoyo de la institución militar. Y es cierto que los *feloul* [los restos del antiguo régimen] querían volver a la escena política a través de esta nueva ola revolucionaria. Pero hay una lógica especial implícita en las revoluciones populares que no se somete a las ilusiones o planes de los liberales o los *feloul*, aunque sectores de las masas siguieran temporalmente las consignas y las promesas de esas élites, de la misma manera que siguieron antes las consignas y promesas de la élite islamista.

Sí, los grandes medios de comunicación y sus campañas de propaganda tienen influencia, y las utilizan a favor de sectores de la clase dominante opuestos a los Hermanos Musulmanes, en el sentido de que el ejército y la policía están con la gente, que hacen gala de su neutralidad y su patriotismo, incluso de su ¡"naturaleza revolucionaria"! Pero esta influencia es momentánea y superficial, y no puede borrar de la memoria y la experiencia directa de la gente su carácter contrarrevolucionario, y se han enfrentado a las masas, ya sean las instituciones de las fuerzas armadas o los servicios de seguridad.

La verdadera razón de esta influencia temporal es la traición de la oposición liberal, representada por el Frente de Salvación Nacional, de los objetivos de la revolución egipcia y la sangre de los mártires, con el fin de acortar su camino hacia el poder. La verdadera razón es la ausencia de una alternativa política revolucionaria unida capaz de denunciar la verdadera naturaleza del FSN y ganar a las masas a un programa revolucionario concreto, un proyecto que puede superar tanto a la elite liberal y a la islamista y avanzar para profundizar la revolución egipcia, acabando con todas las instituciones del antiguo régimen, incluidas las instituciones militares y de seguridad, que son el corazón de la contrarrevolución.

Las masas no se han rebelado de nuevo porque quieran un gobierno militar o por amor a una alternativa liberal *feloul* a la Hermandad Musulmana. Las masas se han rebelado de nuevo porque Morsi y la Hermandad han traicionado la revolución. La Hermandad no implementó ni una sola de las exigencias de la revolución de justicia social, libertad, dignidad humana o retribución a los mártires de la revolución, que cayeron a manos de Mubarak y al-Adly, o el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (SCAF), la Hermandad y el Ministerio del Interior durante el periodo de gobierno de los Hermanos Musulmanes.

De hecho, el gobierno de la Hermandad profundizó las mismas políticas del régimen de Mubarak, que siguen provocando el empobrecimiento y la corrupción, en una defensa desesperada de las grandes empresas al servicio de los intereses norteamericanos y sionistas.

En vez de purgar el aparato estatal de corrupción y de todos los que se han manchado las manos con la sangre de los mártires, ya sea en el Ministerio del Interior, el aparato militar o la policía secreta, la Hermandad negoció con ellos, con la esperanza de participar en la administración del Estado junto con los *feloul* y los hombres de Mubarak.

Por lo tanto, el régimen de la Hermandad se convirtió en más que una extensión a todos los niveles del régimen de Mubarak contra el pueblo egipcio que se había rebelado.

-----

Esta es la esencia de la nueva explosión revolucionaria que se inició el histórico 30 de junio. La Hermandad no entendía esta esencia, por lo que su popularidad se evaporó en cuestión de meses. Y esto es lo que los líderes de las fuerzas armadas no entienden - ni su fachada civil, representada por los liberales y los *feloul* del Frente de Salvación Nacional. Porque no es a punta de pistola que se vean obligados a aplicar las mismas políticas con Morsi, que con el consejo militar y con Mubarak antes que ellos: las mismas políticas económicas neoliberales, las mismas alianzas estratégicas con las monarquías represivas del Golfo Pérsico, la misma dependencia humillante de EE UU y el colonialismo sionista.

Los gobiernos y los medios de comunicación de la burguesía americana y europea están tratando de describir lo que ha sucedido en Egipto, como si no fuera más que un golpe militar



contra un presidente democráticamente elegido, o un golpe de estado en contra de la "legitimidad" de la democracia formal. Pero lo que ha sucedido en realidad supera con creces la democracia formal y sus urnas. Se trata de una legitimidad que surge del carácter democrático de la revolución popular: la democracia directa es la que crea la legitimidad revolucionaria. Se abre el horizonte a nuevas formas de poder popular, que empujan a la democracia temporal de las urnas que se traduce solo en mantener la dominación de la burguesía, en sus diferentes alas.

La democracia temporal de las urnas asegura sólo la permanencia del poder del aparato estatal capitalista. Refuerza las ilusiones de la gente que cree que tiene el poder porque eligen una vez cada cierto número de años que el sector de la élite burguesa gobernará y les explotará, sin, por supuesto, conseguir nada del aparato del Estado o de las empresas capitalistas a las que protege y que manipulan las urnas.

Lo que ha ocurrido en Egipto es un punto álgido de la democracia, una revolución de millones de personas para derrocar directamente el régimen. En cuanto al desplazamiento militar de Morsi, no era más que una conclusión inevitable una vez que la institución militar vio que las masas ya habían resuelto el problema en las calles y plazas de Egipto.

El-Sisi hizo el 3 de julio de 2013 lo que Tantawi hizo antes de él el 11 de febrero de 2011: cedió ante la voluntad del pueblo que se había rebelado, no por patriotismo ni fervor revolucionario, sino por miedo a la revolución. Porque si El-Sisi no hubiera intervenido para desalojar Morsi, la revolución no se habría detenido con el derrocamiento de Morsi y la Hermandad, sino que ha sido -y sigue siendo- capaz de transformarse en una revolución social completa que acabe con todo el estado capitalista, incluyendo a los líderes de la institución militar.

La institución militar es hostil a la revolución egipcia. Se deshizo de Mubarak para salvarse de la línea de fuego de la revolución. El ejército se deshizo de la Hermandad y de Morsi, sus antiguos aliados, porque teme el momento en el que el terremoto de la revolución les alcance. Al igual que amplios sectores de la población tuvieron ilusiones en la neutralidad militar y su apoyo a la revolución al comienzo del gobierno del SCAF, hoy se ven afectadas por la propaganda mentirosa sobre el heroísmo y lealtad revolucionaria de El-Sisi y sus generales.

Pero las masas rápidamente superaron estas ilusiones, producto de la propaganda en los días de Tantawi a través de su experiencia y de su lucha, y de la misma manera superarán de nuevo la ilusión de que "el ejército y el pueblo son una misma cosa" en las semanas y meses venideros.

-----

Las masas egipcias han logrado derrocar a dos presidentes en 30 meses. Este gran poder no sólo se refleja en las protestas de millones de personas, sino también en las posteriores olas de huelgas y manifestaciones populares. La confianza política se transformará en confianza en la lucha social y económico, y viceversa.

Después de la primera oleada revolucionaria, el ejército había apostado por la capacidad de organización y el populismo de la Hermandad para asimilar y abortar la revolución. Pero esta apuesta falló el 30 de junio. Ahora, el ejército utiliza a la oposición liberal con el mismo objetivo. Pero el vasto abismo entre las expectativas de las masas revolucionarias y lo que las fuerzas liberales están ofreciendo en términos de políticas económicas y sociales en medio de una profunda crisis económica conducirá rápidamente a que quede expuesta a la luz la naturaleza de estas fuerzas, y quienes detrás de ellos son los verdaderos gobernantes de Egipto, las instituciones militares y de seguridad.

Uno de los peligros a los que nos enfrentaremos en las próximas semanas y meses es que la ola de represión dirigida contra los Hermanos Musulmanes y el movimiento islamista se utilizará como propaganda a favor de los liberales y por motivos de seguridad por el ejército y la policía para atacar al movimiento obrero y las manifestaciones populares, con el pretexto de mantener la estabilidad durante "este período crítico." Restaurar el aparato de seguridad de confianza para hacer frente a los islamistas se traducirá sin duda en olas de represión contra

las huelgas y sentadas, y será justificada por los medios de comunicación burgueses.

Debido a ello, hay que ser coherente en la lucha contra todas las formas de abuso y de represión contra los islamistas en forma de detenciones y cierres de canales vía satélite y periódicos: lo que sucede hoy contra los islamistas les pasará mañana a los trabajadores y la izquierda.

El dilema de la revolución egipcia hoy es la debilidad política de las fuerzas revolucionarias que defienden la exigencia de continuar la revolución, que tiene las demandas sociales en su corazón. Para estas fuerzas, las urnas no son suficientes, y no van a aceptar la continuación de las políticas capitalistas de empobrecimiento. No van a renunciar a la exigencia de retribución por la sangre de los mártires revolucionarios. Seguirán insistiendo en el derrocamiento del estado de Mubarak, incluidas sus instituciones de seguridad, militares y judiciales. Estas instituciones siguen controlando el país y así protegen los intereses de los grandes empresarios y *feloul* de Mubarak. Siguen siendo un gran pantano de corrupción, saqueo y despotismo.

Corresponde a las fuerzas revolucionarias hoy unir sus filas y presentarse como una alternativa revolucionaria convincente para las masas - una alternativa a las fuerzas liberales que están en ascenso a hombros de los militares y de las fuerzas del Islam político que han dominado a las amplias franjas de la población durante décadas. Tenemos que crear una plataforma para unir la lucha económica y social en las filas de los trabajadores y los pobres, para unir a todos los sectores oprimidos de la sociedad. Porque son estas personas las que tienen interés en la continuación de la revolución, en derrocar al corazón del régimen y no sólo a sus representantes, ya sea Mubarak o Morsi en el pasado, o tal vez ElBaradei en un futuro próximo.

Así que empezamos desde este mismo momento a preparar la tercera revolución egipcia que se avecina inevitablemente, preparémonos para liderar esa revolución hasta la victoria final. Las masas han demostrado de nuevo que su energía revolucionaria es infinita, que su revolución es una verdadera revolución permanente. Pongamos a la altura de esta responsabilidad histórica, y trabajemos juntos para el éxito de la revolución.

Traducción para [www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info): Enrique García

<http://socialistworker.org/2013/07/05/four-days-that-shook-the-world>